

La importancia de la Cruz

George Davis y Michael Clark

“Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.” (1ª Cor. 1.22-25)

Hoy día el mensaje de la cruz no es menos despreciado por los hombres de lo que siempre lo ha sido. Las sociedades de Occidente siguen buscando sabiduría y los Judíos (el Este), siguen buscando señal. Ambas mitades del mundo han producido diversas religiones, pero todas tienen algo en común—no tienen un lugar de honra o de obediencia a la operación de la cruz de Jesucristo. Y sin embargo, sin ella no hay unidad ni obediencia a Dios ni a Su Espíritu. Los hombres buscarán sabiduría académica en seminarios, ofrecerán sus cuerpos para ser quemados por una causa, e incluso donarán grandes sumas de dinero a organizaciones caritativas. Se pondrán elocuentes sobre la muerte y resurrección de Jesús desde sus púlpitos, pero pocos abrazarán la cruz *de ellos* y Le seguirán.

Toda la creación revela el secreto de la vida. Puede verse en la más diminuta semilla. Una semilla tiene que morir antes de poder vivir. Antes de que un árbol o una planta viviente puedan germinar y crecer, la semilla primero tiene que caer en tierra y morir. Antes de que muchos árboles frutales que produzcan semillas puedan reproducirse, primero tendrán que pasar por un invierno en el que permanecerán dormidos. Si plantas un manzano en Florida, donde normalmente no hay heladas en invierno, producirá un gran follaje, pero no tendrá fruto.

Este principio de muerte se refleja en toda la creación, así como en cada página de las escrituras. Isaac, el hijo de la promesa, salió del vientre moribundo de Sara. Aunque Dios proveyó a Abraham con un sacrificio en lugar de Isaac, Él demandó en tipo que la simiente tenía que caer en tierra, morir antes de brotar y multiplicarse en número como las estrellas del cielo y los granos de arena del mar. Figuradamente, el sacrificio de su hijo Isaac era también un tipo del plan redentor de Dios que aún tenía que revelarse.

Otra vez más, Jonás estuvo en el vientre del pez durante tres días y noches. Jesús dijo que esto era una señal profética, la “señal de Jonás”, prediciendo Su

muerte y resurrección para salvación. La obediencia de Jonás fue la salvación de Nínive, de la misma manera que la de Cristo fue la salvación del mundo.

Como en la naturaleza, así es en el Reino de Dios. El camino a la vida es por la muerte. Vemos una vívida imagen de esto cuando Israel cruzó el río Jordán para entrar en la tierra de la promesa. Josué puso doce rocas en medio del Río representando a las doce tribus de Israel. Como símbolo de bautismo para muerte y de vida de resurrección, enterraron sus corazones de piedra y dejaron el reproche de Egipto tras de sí para entrar en una nueva vida. (Lee Romanos 6:3-11 y Josué 4:9). En Oseas 6:2 también vemos este principio de muerte vencido por la vida. “Nos dará vida después de dos días. En el **tercer** día nos resucitará, y viviremos delante de él.”

No hay nada que atrape más poderosamente este principio que *la cruz*. La cruz era un instrumento de muerte y de vergüenza. Fue rechazada por los judíos, en cuya ley estaba escrito, “Maldito todo aquel que cuelgue de un madero...” Hasta los romanos que amaban la brutalidad del coliseo aborrecían la sangre y vísceras de la cruz. Cicerón, el romano, escribió, “Que el mismo nombre de la cruz esté lejos no solo del cuerpo de un ciudadano romano, sino incluso de sus pensamientos, de sus ojos, de sus oídos.” La crucifixión estaba prohibida a los romanos porque era considerada “la muerte de un esclavo”—una descripción que ciertamente se adapta al servicio de Jesucristo, cuya vida entera estuvo al servicio de Su Maestro, el Padre.

A pesar del dolor, del sufrimiento y de la vergüenza abierta de la cruz, ésta sigue estando en el centro de todas las relaciones de Dios con los hombres. La palabra de la cruz era especialmente importante para los propósitos redentores de Dios. Tanto que Pablo dijo, “Porque la palabra (*logos*) de la **cruz** es locura a los que se pierden, pero a los que se salvan, es decir, a nosotros, es el poder de Dios.” (1ª Corintios 1:18). La versión King James dice, “Porque la **predicación** (*logos*) de la cruz, es locura a los que se pierden, pero a nosotros que somos salvos, es el poder de Dios.” Esto puede de alguna manera dar lugar a confusión porque la palabra griega *logos* es mucho más amplia en su alcance y significado de lo que conlleva la palabra *predicación*. Cuando oyes la palabra “predicación”, ¿Qué es lo que te viene a la mente? ¿Visualizas a un hombre detrás de un púlpito exponiendo la palabra escrita, y predicando de la cruz? Aunque la palabra griega *logos* significa “una palabra”, el énfasis no está en la expresión en sí misma, sino en el pensamiento interior, en la verdad o en la razón que hay tras la expresión. El *logos de la cruz* es la *lógica o razón* de la cruz. Pero aún más, **el logos es el Pensamiento Divino, el principio celestial de la vida, el poder, el testimonio y el crecimiento en el Reino de Dios.**

El prólogo del evangelio de Juan dice, “En el principio era el Verbo (*logos*). El Verbo (*logos*—no predicación) estaba con Dios y el Verbo (*logos*) era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él, nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. La Luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.”(Juan 1:1-5). La traducción de la New American Standard del versículo en Primera de Corintios se acerca mucho, “Porque la

palabra de la cruz es locura a los que se pierden, pero a nosotros que somos salvos, es el poder de Dios.”

El autor de Hebreos escribió: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (Hebreos 1:1-2). Jesús es el *Logos*, la Palabra o el Pensamiento Divino. ¡Es la última y definitiva Palabra de Dios! Jesús es el resumen de Dios, incorporando la suma total de la sabiduría divina. Nos ha sido hecho sabiduría. Ejemplificó la lógica de Dios, y en lo que concierne a la cruz, cada palabra y cada acto de Cristo, revelaba su lógica—una lógica que desafía a toda lógica humana. Es una lógica que desafía a la muerte y al infierno mismos, rompiendo así el control de la sabiduría corrupta de Satanás (Ezequiel 28:17) sobre la humanidad. Convierte al sepulcro en la misma entrada a la victoria. “Oh, muerte, ¿Dónde tu *aguijón*? Oh, sepulcro, ¿Dónde tu victoria?” (1ª Cor. 15:55).

La Cruz y el Fruto

En Juan 12:20-28, leemos sobre ciertos griegos que vinieron a Felipe y le dijeron, “Señor, queremos ver a Jesús”. Felipe se lo dijo a Andrés, y juntos fueron y se lo dijeron a Jesús. No hay ninguna evidencia de que esos griegos vieran a Jesús aquel día. Aunque parezca un poco lejos del tópico, la respuesta de Jesús a la petición de esos gentiles nos da un entendimiento más profundo de la obra redentora de la cruz. “*Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado.*” (vs. 23). ¿De qué forma glorificó Dios a Su Hijo? ¿Cómo podía Dios hacer más glorioso o excelente de lo que ya era a Su Hijo, que era ya perfecto y sin pecado? ¿De qué manera se relaciona esto con la petición de los griegos, “Queremos ver a Jesús”?

Quizá, volviendo la vista hacia los campos de trigo maduro que se veían con tanta frecuencia por todo Israel, Jesús siguió explicando como Le vería el mundo de los gentiles. “*De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará*” (v.24-25). El camino a la gloria no lleva por los montes de la ambición personal, de los hechos distinguidos en el campo de batalla, o por los picos altivos del rango de la nobleza y el estatus, sino que lleva por el valle de sombra de muerte. Ahí, los nobles, los sabios, los valientes, los débiles y los necios, tienen todos que morir la misma muerte.

Como en la naturaleza, a menos que el grano de trigo caiga en tierra y muera, queda solo. Así es con el camino a la vida y al fruto, y aún más, es el camino por el que Jesús puede *ser visto*. Jesús sabía que si nunca íbamos a la cruz y moríamos, Él se quedaría solo y los griegos, “las ovejas de otro redil que también deseaban verle...” nunca le verían. Verle y conocerle es conocerle completamente como la sabiduría de Dios, no como el *hombre* Jesús, o el “*Hijo del Hombre*”. Es conocerle como la luz y la vida del mundo, “la verdadera Luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo”.

No es suficiente conocerle como el Hijo del Hombre según la carne (2ª Cor. 5:1), conocerle y creer en Él como en una gran figura histórica. Debemos verle y conocerle como el Hijo de Dios—el segundo Adán—el Espíritu dador de vida. ¡Hasta que Cristo la semilla no cayera en tierra y muriera, el mundo Gentil nunca vería ni conocería al Cristo glorificado!

¿Cómo vería a Cristo el mundo gentil? No había ni aún uno solo a los pies de la cruz. No había griegos en la tumba, de manera que... ¿Cómo podrían ver al Señor resucitado y glorificado si no a través de aquellos que Le habían seguido? Por esta razón Cristo volvió Su atención a los discípulos y les dijo, “seguidme...a vosotros os es dado que conozcáis los misterios del reino de los cielos...” ¿Sabían a donde los estaba llevando? ¿Sabían que la cruz les esperaba al final del camino en la vida, como la entrada al reino celestial? ¿Sabían que el camino a la gloria los iba a llevar a través de la vergonzosa muerte de la cruz?

Jesús continúa:

“Si alguno Me sirve, sígame. Donde Yo estoy, ahí estará también Mi servidor. Si alguno Me sirve, el Padre Le honrará. Ahora está turbada mi alma, y ¿qué diré? ¿”Padre, Sálvame de esta hora”? Pero por esto He venido yo. Padre, ¡glorifica tu nombre!”

Cuando Jesús dijo, “Si alguno Me sirve, sígame”, ¿A dónde quería él llegar? ¿A dónde iba? Cuando dijo, “Dónde Yo estoy, ahí estará también Mi servidor”, ¿Dónde estaría él y dónde se reunirían Sus siervos? La respuesta a todas estas preguntas es, en la cruz. La cruz era central en la misión de Cristo aquí en la tierra. “... *Por esta causa he venido Yo en esta hora.*” Jesús prometió que el Padre honraría a los que se reunieran dónde Él mismo estaba—en la cruz—y dónde Le servían. Si alguno Me sirve, el Padre mismo Le honrará. Jesús continúa quitando toda duda sobre el lugar de su reunión. “Ahora está turbada mi alma. ¿Qué diré? ¿”Padre, sálvame de esta hora”? Pero por esta causa he venido Yo en esta hora. ¡Padre! ¡Glorifica Tu Nombre!” Entonces vino una voz del cielo diciendo, “Lo he glorificado y lo volveré a glorificar” (v. 26-28). La gloria con la que Cristo estaba preocupado no era la Suya sino la gloria del Padre, y esa gloria es vista en la Cruz. El Padre glorificó Su Nombre en la muerte obediente de Su Hijo Jesús, y lo ha glorificado y lo glorificará una y otra vez en el corazón obediente de Sus santos. Respecto de su fruto, Tertuliano dijo, “La sangre es la semilla de los mártires”.

Toma Tu Cruz y Sígueme

“Cuando Cristo llama a un hombre, le ordena a venir y a morir”. Dietrich Bonhoeffer (*El costo del Discipulado*)

Hacia el final de su ministerio, Jesús comenzó a mostrar a sus discípulos que tendría que ir a Jerusalén y sufrir mucho por causa de los ancianos, los sumos

sacerdotes y los escribas. Entonces sería matado, pero resucitaría al tercer día (Mateo 16:21). En reacción a esta revelación, Pedro tomó al Señor a un lado y le reprendió diciendo, "Lejos de ti, Señor. ¡Que nade de esto te suceda!" Pero Jesús se volvió y le dijo, "¡Apártate de Mí, Satanás! ¡Me eres tropiezo porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres!" (v.23) Entonces Jesús dijo a sus discípulos, "Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que la pierda por mi causa, la hallará" (v. 24-25).

No fue Pedro quien disuadió a Jesús de su misión. Jesús reconoció esto. Era Satanás el que buscaba apartar a Cristo de abrazar la cruz y salvarse, deseando las cosas de los hombres. Incluso estando colgado de la cruz, Satanás se burló de él a través de los gobernantes religiosos, diciendo, "Tú que destruyes el templo y lo edificas en tres días, **¡Sálvate a ti mismo!** Si eres el Hijo de Dios, **¡Bájate de la cruz!**" (Mateo 27:40).

Nada puede servir mejor a los propósitos de Satanás. Querido cristiano, Satanás viene a nosotros con mucha frecuencia a través de cristianos bien intencionados, como Pedro y otros, tentándonos a evitar lo desagradable de la cruz, y en muchas formas, a salvarnos a nosotros mismos. Recuerda las palabras de Cristo, "El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por causa de Mí, la hallará" (Mateo 10.39).

"¡Sálvate!" El mensaje de Satanás al hombre nunca ha cambiado. El conoce la naturaleza que ha puesto en el hombre con ese árbol prohibido. Cuando estaba discutiendo con Dios sobre el destino de Job, apeló a esta naturaleza innata que tiene el hombre caído de salvarse a si mismo, "Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida." Es esta auto-preservación del hombre natural lo que está en directa enemistad contra Dios y contra Su reino. Hoy día buscamos salvar nuestras vidas más que nunca. Nos dedicamos a encontrar nuestras vidas en una identidad y prosperidad en las cosas de este mundo. Pasamos años edificando nuestras carreras terrenales. Apartamos grandes sumas de dinero para nuestra jubilación. Muchos de nosotros pagamos fortunas en seguros tratando de acumular mucho para enfrentarnos a cualquier desastre imprevisto que pudiera sucedernos. Este no es ni el camino de la fe en Cristo y Su Reino ni un abrazar la cruz. Jesús nos dice a nosotros una vez más, como al Pedro caído, "¿Me amas más que éstos?"

Lo que nos falta

"Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. El entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz." (Marcos 10:17-21)

Es muy fácil guardar ciertos mandamientos y aún así, no tener lo principal. Puede que no asesinemos, que no cometamos adulterio, robemos, demos falso testimonio o hagamos fraude, pero hay esa cosa que nos falta, el acto fanático de venderlo todo y de seguir a Cristo. ¿Nos abstenemos de todos los tabúes religiosos y sin embargo, nos falta aún esa cosa radical, esa actitud agresiva e imprudente del abandono? Como el joven rico, ¿nos jactamos de nuestra abstinencia religiosa mientras aún nos sigue faltando otra cosa? ¿Hemos ido más allá de las costumbres corrientes e instituciones hasta un seguimiento radical a nuestro Señor? ¿Lo hemos vendido todo? ¿Nos hemos negado a nosotros mismos? ¿Hemos tomado el camino que nos saca de la mediocridad cristiana, llevando su vituperio? (Hebreos 13:13). ¿Hemos tomado nuestra cruz? ¿Hemos salido a Él, que fue quien llevó nuestra vergüenza y nuestro dolor? ¿Hemos seguido verdaderamente?

Al mirar a la cristiandad alrededor, con sus llamativas iglesias de muchos millones de dólares, y templos rodeados de brillantes coches nuevos cada domingo por la mañana, la respuesta es demasiado obvia. Hoy día la iglesia, teniendo más riquezas que nunca, gasta tan poco en los pobres y necesitados y en el avance del evangelio en tierras lejanas. Un día vivió como la viuda del templo que daba todo lo que tenía a Dios, pero ahora está en pie golpeándose el pecho como el egocéntrico fariseo justo, que daba gracias a Dios por no ser como uno de los más humildes.

¿Hemos salido ahí fuera, llevando nuestra **cruz**, al Gólgota, “El lugar de la Calavera?” ¿O estamos a gusto, dentro del campamento disfrutando de todas esas últimas y limpias galas cristianas, a leguas de su propia sangre y vísceras? ¿Cómo podemos llamarnos Discípulos de Cristo cuando fue Él quien dijo, “El que no lleve su propia cruz, y me siga, no puede ser mi discípulo”? (Lucas 14:27). No puede estar más claro que esto. Llevar la Cruz es el pre-requisito al discipulado.

El Camino del Cristiano es el Camino de Cristo

En Filipenses capítulo tres, Pablo establece con toda claridad, el camino, la meta y el llamamiento de cada cristiano. Este capítulo puede dividirse en seis partes distintas o encabezamientos.

1. Negarse a uno mismo (v. 1-9)
2. Tomar la cruz hacia una salvación completa (v. 10-11)
3. Seguir a Cristo (v. 12-14).
4. La cruz y el liderazgo (v. 15-17)
5. Los enemigos de la cruz (v. 18-19) y finalmente,
6. La cruz como la entrada a nuestro verdadero hogar y ciudadanía en Cristo (v. 20-21)

En este pasaje, la enseñanza de Cristo sobre la cruz puede verse claramente como la norma gobernante, primero en la vida y pasión del apóstol Pablo y luego, en el cuerpo global de Cristo. Estudiemos cuidadosamente estas seis

partes, puesto que esto nos ayudará a entender como la cruz afecta a nuestras vidas cristianas diarias como el único medio de conocer y de servir a Cristo.

1. Negando el Yo

“Por lo demás, hermanos, gozaos en el Señor. A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro. Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo. Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, **no teniendo confianza en la carne**. Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. **Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo**. Y ciertamente, **aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús**, mi Señor, **por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura**, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.” (Filipenses 3:1-9).

Normalmente nos repetimos mucho por causa del énfasis, para enfatizar la importancia de algo. En este caso, Pablo está escribiendo lo mismo que había escrito antes, cosas que eran de tal importancia como para determinar la seguridad o peligro del lector. De manera que volver a escribirlas no era cansino. Esto nos da una idea de su importancia.

Usando un lenguaje bastante fuerte, Pablo advertía a los creyentes filipenses a “guardarse de los perros, de los malos obreros de la falsa circuncisión.” Después sigue explicando la verdadera circuncisión—los que adoran a Dios en el Espíritu, dejando muy claro que **ellos no tienen confianza en la carne**. Pablo sigue explicando lo que quiso decir por confianza en la carne, haciendo una ilustración a partir de su propia historia como fariseo. Hizo una lista de las cosas que eran ganancia para él, cosas que eran dignas de alabanza en la religión de sus padres. Pablo tenía un excelente pedigrí religioso. Había sido circuncidado al octavo día. Era de la tribu de Benjamín, una de las dos tribus que no se sublevó con Jeroboam y que tampoco contaminó la adoración a Dios con idolatría. Esto era considerado una gran honra. Pablo era de pura raza, un hebreo nacido de hebreos. Pablo era un fariseo y con respecto a la justicia que es por la ley, sin mancha. Todas esas cosas que eran ganancia para Pablo, y que sus fariseos compañeros admiraban en él, tenían que ser tenidas por pérdida por causa de la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús. Pero nada de eso podía compararse con esa relación gloriosa que él tenía con el Dios vivo. Junto a Cristo, estas cosas no valían nada más que

basura. Pablo se negó a sí mismo con gozo estas cosas para poder ganar a Cristo.

2. Tomando la Cruz

“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte , si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.” (Filipenses 3:10-11)

¿Cómo podemos conocerle en el poder de Su resurrección? Pablo nos da la respuesta: “la participación de sus padecimientos, haciéndonos semejantes a Él en Su muerte.” Estos dos son pre-requisitos para alcanzar la resurrección de los muertos, tanto en la actual vivificación del Espíritu de Dios en nuestras vidas diarias, y en la futura resurrección. La palabra griega para participación en el pasaje de arriba es *koinonia*, que significa *asociación* o *participación*. Somos llamados a una asociación y participación en los continuos sufrimientos de Cristo. No que seamos llamados a buscar el sufrimiento sino que el sufrimiento nos buscará a nosotros si seguimos a Cristo. “Todo aquel que quiera vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirá persecución”. (2ª Tim. 3:12). “Porque es necesario que a través de muchos padecimientos entremos en el Reino de Dios (Hechos 14:22).

En otro lugar, Pablo dijo, “Ahora me regocijo en mis padecimientos por vosotros, cumpliendo en mi carne lo que falta de los padecimientos de Cristo, por causa del cuerpo, que es la Iglesia.” ESO es la comunión con Cristo. Tantos quieren el poder pero evitan los sufrimientos de Cristo en sus vidas. Nunca llegarán a conocer Su poder. Nunca podrán decir con Él, “el príncipe de este mundo ha venido y no ha hallado nada en mí”. En lugar de eso, es SATANÁS el que tendrá el poder sobre éstos.

Ahora bien, ¿Qué significa ser hecho semejante a ÉL en su muerte?

La palabra griega para *semejante* es *summorphizo*, [hacer semejante con una persona o cosa, parecer] (*sun*, “con”, *morphe* “una forma”). (W.E. Vine)

Nuestra identificación y asociación con Cristo en Sus padecimientos es necesaria si queremos ser co-herederos con Él (lee Romanos 8:17). No podemos ser semejantes a Cristo sin ser como Él en sus padecimientos, hechos semejantes a Él en Su muerte. Todo depende de nuestra participación con Cristo en Sus padecimientos. El consuelo de Cristo no puede abundar en nosotros a menos que los padecimientos de Cristo abunden en nosotros (lee 2ª Corintios 1:5,7). Pablo se regocijó en sus padecimientos diciendo, “Cumpló lo que falta de las aflicciones de Cristo por causa de su cuerpo, que es la iglesia”. (Colosenses 1:24).

Lo único que Pablo tenía que hacer era comprometerse y comenzar a predicar la circuncisión. La ofensa de la cruz cesaría inmediatamente. Terminaría la persecución y podría volver a la cómoda vida de Fariseo. “Y yo, hermanos, si

aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz.” (Gálatas 5:11). ¿Se salvaría Pablo a sí mismo? No, Como los héroes de la fe, escogería más bien sufrir el padecimiento que disfrutar de los placeres del pecado durante un tiempo (lee Hebreos 11:25).

3. Siguiendo a Cristo

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; **sino que prosigo**, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; **pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás**, y extendiéndome a lo que está delante, **prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.**” Filipenses 3:12-14)

Habiendo tomado la cruz sobre sus hombros, Pablo ahora proseguiría hacia la meta del supremo llamamiento, es decir, avanzar en su conocimiento del Señor. Pablo rehusó la actitud soberbia tan común en los círculos religiosos, de siempre afirmar haberlo conseguido ya. En su lugar, reconoció que todavía no había obtenido la perfección y que por tanto, tenía que seguir hacia delante. “Yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado”. Una cosa tenía que suceder antes de que Pablo pudiera apreciar el premio que tanto deseaba. Tenía que abrazar ESA COSA que le faltaba. Tenía que asumir esa actitud radical de corazón que le da la vuelta a los padecimientos y lleva a un olvido de las cosas que quedan atrás. “UNA COSA hago”, dijo Pablo. Pablo escogió olvidar esas cosas que se habían atrincherado en él, y que le habían mantenido ciego como a Sansón, y atado al molino del Judaísmo, sin progresar nunca sino siempre dando vueltas, pisando la misma rutina cada día, cada semana, cada mes y cada año. A menos que *olvidemos*, no podremos *avanzar*. A menos que olvidemos esas cosas que quedan atrás y que nos extendamos hacia las cosas que hay delante, nunca podremos avanzar hacia la meta del supremo llamamiento. Si no nos negamos a nosotros mismos y tomamos la cruz, no podremos seguirle.

4. La Cruz y el liderazgo

“Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa. Hermanos, sed imitadores de mí, **y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros.**” Filipenses 3:15-17)

La verdadera unidad se encuentra en todos los que son perfectos, los que tienen una misma mente. Así, Pablo declara audazmente, “Y si otra cosa sentís, eso también os lo revelará Dios”. Con otras palabras, como cristianos que tienen la mente de Cristo por causa del Espíritu de Dios morando en ellos, solo hay una forma correcta de pensar. Todos han de andar **‘por una misma regla**, sintiendo **una misma cosa**”, y esa actitud de pensamiento ya había sido

establecida en las escrituras anteriores. Pablo había exhortado a los creyentes filipenses a ser imitadores de él, y a mirar a los hermanos que andaban de esa forma, considerando su ejemplo. ¿Cuál fue su ejemplo? El ejemplo del siervo sufriente, incluso Cristo a quien Pablo seguía. “El cual, siendo igual a Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrase, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres. Y siendo en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Filipenses 2:7-8).

Tenemos que mirar a los que *andan de esta forma*. Solo los que andan según esta norma están siguiendo a Cristo. Solo los que tienen esta mentalidad son líderes.

5. Los Enemigos de la Cruz

“Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son **enemigos de la cruz** de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; **que sólo piensan en lo terrenal.**” (Filipenses 3:18-19).

¿Qué es lo que convierte a alguien en enemigo de la cruz? Un enemigo es alguien o algo hostil, odioso, que supone una gran amenaza a alguien o a algo. Hoy, en la iglesia visible, tenemos muchos enemigos de la cruz. Personas que dan servicio de labios a Jesús como el Hijo de Dios y Señor de todo, pero que viven y hablan como si no lo fuera. Fíjate en las marcas de los enemigos de la cruz que mencionamos arriba:

- a. “Cuyo dios es su vientre... que solo piensan en lo terrenal.” ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué la mayoría de los ministros de hoy tiene sobrepeso? Jesús dijo que nadie puede servir a dos señores. Amaría a uno y aborrecería a otro, o serviría a uno y negaría al otro. Cuando hay un énfasis tan grande desde los púlpitos de hoy para conseguir más dinero de la gente con el fin de construir iglesias más grandes o sueldos mayores, o para apoyar programas más importantes con el único objetivo de atraer más personas, más dinero, etc., es obvio que el dios mamón (ganancia mundana) está en control. La próxima vez que veas a alguno de los así llamados siervos de Cristo sermoneando a la congregación para que den más dinero a su iglesia, hazte la siguiente pregunta, “¿Es esto lo que hacía Jesús? ¿Pedía dinero para su ministerio a los que ministraba?

- b. “Cuya gloria es su vergüenza”. ¿Te has dado cuenta que junto a este servicio al dios mamón, hay una abierta arrogancia y orgullo manifiestos en estos hombres? ¿Y esto especialmente cuando éstos intentan enseñorearse de aquellas personas que se sujetan a ellos? Se glorían de lo que tendrían que avergonzarse, y cuanto más se exhiben con sus vestiduras de justicia, más agradan a sus seguidores. Se han cumplido las palabras del profeta, “Cosa espantosa y fea es hecha en la tierra; los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso. ¿Qué, pues, haréis cuando llegue el fin?” (Jeremías 5:30-31). Cuanto más cambian las cosas, más permanecen igual.

No puedes servir a tu vientre y buscar las cosas de este mundo, y al mismo tiempo, que tu única meta sea seguir a Jesús. La cruz te despoja de todas las cosas que están en tu corazón y que buscan las cosas de este orden mundial. Servir a mamón y a los intereses de uno mismo, y animar a otros a hacer lo mismo bien por palabra o por ejemplo, es ser un enemigo de la cruz.

El nuevo hedonismo cristiano—Un cristianismo sin cruz

El hedonismo es la doctrina del placer o de la felicidad como los únicos o principales bienes supremos en la vida. El hedonismo egoísta se define como “la teoría ética de conseguir la felicidad personal como objetivo correcto de toda conducta”. Ya hemos visto que la condición para el discipulado es la negación del yo y el tomar la cruz, de manera que no puede existir algo como “hedonismo cristiano”. O eres un hedonista o eres un cristiano. No puedes ser ambos. El término mismo es un oxímoron, como “odio cariñoso” o “ateísmo cristiano”.

A pesar de las enseñanzas de Cristo y de su ejemplo de negación personal, ha emergido lo que hemos escogido llamar “nuevo hedonismo cristiano”. Eres invitado a venir a Jesús para recibir felicidad, riquezas y poder. El sufrimiento se considera una evidencia de incredulidad y todo lo que pertenece al sufrimiento y al sacrificio es considerado “negativo”, y por tanto, algo a evitar. En tales iglesias hedonistas la cruz no es más que un mero símbolo sobre la pared, un icono que representa el precio desafortunado que Cristo pagó para adquirir nuestra felicidad. Pocos aprecian sus ramificaciones presentes y menos aún la toman y siguen adelante.

Mimado y echado a perder por su autoindulgencia, y sin negarse ninguno de los lujos de este mundo, este cristianismo ha surgido sin cruz y sin fuerza para usurpar la fe que una vez fue dada a los santos. Viven como si Jesús hubiera dicho, “negad la cruz y cumplid vuestros deseos, y seguidme”. Todos los que no se niegan a si mismos, los que no toman su cruz y siguen a Jesús, son enemigos de la cruz. Por su negación a cargarla, se han convertido en sus enemigos.

La cruz que George Bernard vio en su himno, “la vieja y dura cruz”, no era un icono cubierto de oro ni un símbolo brillante de los escudos de los caballeros y de los cruzados, sino un astillado “emblema” de sufrimiento y de vergüenza... manchado de sangre”. Y más aún, entendió que tocaba a cada cristiano el tomar con gozo su vergüenza y vituperio hasta que finalmente cada uno dejara sus trofeos de este mundo.

6. La Cruz, la puerta a nuestro verdadero hogar en Cristo—La vida eterna

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.” (Filipenses 3:20-21).

Una vez yo (Michael) fui acusado por un pastor de estar “tan centrado en el cielo que no servía para nada en esta tierra”. ¿Cuántas veces no hemos oído esta frase de la élite cristiana cuando comenzamos a vivir como si nuestro reino no fuera de este mundo, queriendo empujarnos hacia una vida centrada en las cosas de este mundo? Pablo escribió, “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.” (Gálatas 6:14). La operación de la cruz nos corta del orden de este mundo. Si, tienes un corazón por los perdidos que están atrapados en el sistema de este mundo y quieres verlos salvos fuera del mismo, pero tú estás en el mundo sin ser DEL mundo. Es mucho más fácil salvar a una persona que se está ahogando con una cuerda y un salvavidas arrojados desde un barco a un mar agitado, que nadar en el oleaje de agua salada y espuma, mientras la persona tira de ti en su lucha violenta, empujándote hacia abajo para conseguir sacar su cabeza del agua. Tanta iglesia se ha vuelto tan “amiga de los que buscan” y se ha centrado tanto en lo terrenal, que no sirve para nada en lo CELESTIAL. Pablo dijo,

“Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. ” (2ª Corintios 4:5-7)

La vida eterna que brillaba de estos vasos de barro es el poder de todo genuino evangelismo. Tal y como Pablo reveló a la iglesia de los Corintios,

“Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra

fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. (1 Cor. 2:1-5)

Si no somos un ejemplo de las cosas celestiales por venir, el mundo tendrá el derecho de rechazar nuestros sermones. Nuestro objetivo tiene que ser uno solo si es que vamos a ser luces a un mundo moribundo a nuestro alrededor. Jesús prometió que solo permaneciendo en Él, y Él en nosotros ENTONCES llevaríamos mucho fruto celestial.

Fíjate otra vez en las palabras de Pablo, "...nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador." El reino de Dios debería ser tal realidad para nosotros si la cruz ha hecho su trabajo, que "las cosas de este mundo se habrían difuminado extrañamente." ¡Nuestra ciudadanía está EN LOS CIELOS! Nos hemos convertido en verdaderos extranjeros y peregrinos en tierra extraña aquí, en la tierra. Deberíamos estar viviendo vidas humildes aquí, en el cuerpo de nuestra humillación, en lugar de pavonearnos con el pecho lleno de orgullo por las cosas de este mundo. Nuestra única esperanza debería estar puesta en Jesús, "que cambiará el cuerpo de la humillación nuestra para conformarnos al cuerpo de la gloria suya según la operación por la que Él puede sujetarse a si mismo todas las cosas". ¡Que esperanza tan preciosa!

En la segunda carta a la iglesia en Corinto, Pablo dijo,

"Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Más el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables." (2ª Cor. 4:16-5:9).

Yo, Michael, que ahora tengo cincuenta y ocho años, veo como mi hombre externo se desgasta conforme envejece mi cuerpo. Si ESTA vida fuera mi única esperanza, me entraría el pánico de ver derretida la salud de mi juventud. Pero tengo esta esperanza en mi interior—veo mi hombre interior

renovándose en Cristo día tras día. De vez en cuando he experimentado su gloria morando en mí, y he experimentado también lo que significa *ir de gloria en gloria*. Si, en este plano temporal vamos de *muerte en muerte*, pero nosotros los que estamos en Cristo vamos también de *vida en vida*. Estamos cambiando esta vida temporal en la que está centrado el mundo entero, por una que es eterna. La vida eterna es AHORA, mientras permanecemos en lugares celestiales en Cristo Jesús. Es una fuente de vida que nos da esperanza y fuerza, sin importar lo que acontezca al hombre exterior.

Cuando Su Espíritu encuentra un refugio seguro en nosotros, somos atrapados para Jesús en nuestro hombre interior. Todo nuestro ser comienza a tomar un aspecto diferente cuando la vida interior comienza a brillar. Como Jesús, Moisés y Esteban, tenemos la oportunidad de quedar tan atrapados por la presencia del Señor y de Su Espíritu, que nuestros rostros resplandecerán con luz celestial.

En cierta ocasión fui invitado a la casa de un amigo para conocer a un querido y viejo santo llamado Norman Grubb. Al entrar en el comedor, había sentado un señor mayor lleno de canas y con la sonrisa más cálida que jamás había visto. Cuando me lo presentaron, me senté junto a él y lo único que pude hacer fue sentarme y sostenerle la mano. No podían cruzarse las palabras. Si hablaba, cortaría el momento de estar en la presencia del Señor en ese maravilloso santo del Señor. Me llené de esperanza solo viendo la presencia de Jesús dentro de él.

Jesús dice que tenemos esta esperanza dentro de nosotros. “Cuando Él se manifieste, seremos como Él, porque Le veremos tal y como Él es”, dijo Pablo.

“Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor. Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos.” (2ª Cor. 3:16-4:1).

¿Podría ser que viéramos el resultado en el espejo, al ser quitado el velo de nuestros ojos? ¿Podría ser que en lugar de ver la muerte de nuestro viejo hombre exterior, viéramos la gloria del Señor? Estamos siendo transformados a Su imagen de gloria en gloria.

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. ¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:29-31)

Es el deseo del Padre que seamos totalmente transformados a la imagen de Su propio Hijo. ¡EL está POR NOSOTROS! Sus deseos para nosotros van tan lejos de todo lo que podamos imaginar. Así que no le limitemos en nuestras vidas por las limitaciones de nuestras mentes terrenales. La fe no conoce fronteras.

“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.” (1ª Cor. 2:9-10)

Pablo oró para que todos pudiéramos tener ojos espirituales con los que ver la naturaleza ilimitada de nuestros llamamientos en Cristo...

“Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza.” (Efesios 1:17-10)

Lo único que limita los límites de Dios en nosotros es nuestra falta de fe. Jesús oró para que todos nosotros fuéramos como Él y el Padre y que pudiéramos conocer la misma gloria sobre nosotros, puesto que oró: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado.” (Juan 17:24).

Jesús oró esto justo antes de ir a morir a la cruz, que dónde Él estaba, ahí pudiéramos estar nosotros también. ¿Qué significa esto? Estando yo, Michael, orando por este artículo, el Señor me mostró un viejo reloj de arena. Me dijo que la cruz no era la meta, sino el medio para un fin. La cruz es la constricción en el reloj de arena que permite que pase un solo grano de arena de una sola vez. Es como el ojo de la aguja por el que ha de pasar el camello si ha de entrar al reino. Es eso que despoja de todo aquello que no es apto para la eternidad. Es “aquella puerta difícil” que John Bunyon vio en su visión. La cruz es la puerta por la que tenemos que pasar si vamos a avanzar con Cristo y a estar donde Él está. La cruz es el comienzo de toda auténtica vida en el Espíritu. Es la puerta al eterno reino de Dios. La cruz puede ser el fin de esta vida nuestra que tan atada ha estado a este mundo, pero es el comienzo de la verdadera vida eterna en los santos de Dios. La cruz es nuestra amiga. Tomad y abrazad vuestra cruz, y seguidle a Él.